

3. Otra historia: nueva novela histórica latinoamericana

La novela histórica en América Latina surge a finales del siglo XIX y principios del XX, con el propósito de “configurar nacionalidades emergentes” (Aínsa, “Invención histórica” 113), como es el conocido y estudiado caso de la novela de la Revolución Mexicana, en la que se narran las historias de los héroes revolucionarios, con la finalidad de darles a los mexicanos elementos que acentuaran su identidad patria. Dentro de este tipo de novelas pueden encontrarse desde los testimonios que fueron escribiéndose de manera simultánea al movimiento, como es el caso de *Los de debajo* (1916) de Mariano Azuela, hasta relatos posteriores con una perspectiva crítica como es el caso de *La sombra del caudillo* (1929) de Martín Luis Guzmán, que también es considerada como novela política.

Como antecedente, la novela histórica latinoamericana puede dividirse en tres etapas: la novela forjadora y legitimadora de nacionalidades durante el romanticismo; la crónica rigurosa de acontecimientos pasados en el período realista o positivista y la narración de altas pretensiones estéticas en el modernismo.

La nueva novela histórica latinoamericana no surge a partir de un manifiesto o con una intención cultural o política evidente. Novelas de este tipo empiezan a publicarse a partir de 1979, aunque para Seymour Menton, la primera nueva novela histórica fue *El reino de este mundo* (1949) de Alejo Carpentier, que trata el tema de la independencia de Haití.

Treinta años después, el mismo autor inaugura esta singular forma de hacer literatura con *El arpa y la sombra*, cuyo protagonista es Cristóbal Colón. Carpentier, junto con Carlos Fuentes, que publica *Terra Nostra* y con Augusto Roa Bastos con la *Vigilia del Almirante*, inauguran a finales de los años setenta esta narrativa histórica de características muy particulares, que luego se han de presentar en otros autores como Fernando del Paso (*Noticias del Imperio*), Reynaldo Arenas (*El mundo alucinante*) o Abel Posse (*Daimón, Los perros y Largo atardecer*).

Aquí considero importante hacer énfasis en que algunos escritores incluidos en el *Boom*, como García Márquez y Vargas Llosa, hacen nueva novela histórica (*El general en su laberinto* y *La guerra del fin del mundo* respectivamente), de la misma forma que escritores posteriores a ellos, como los antes mencionados y muchos otros autores de la parte hispánica del continente, como Pedro Orgambide, Edgardo Rodríguez Juliá, Juan José Saer, Tomás Eloy Martínez, entre otros.

Para Karl Kohut es el fenómeno narrativo más importante de los últimos años, y lo ubica en el marco de la posmodernidad:

Se puede constatar que la novela histórica constituye el fenómeno más saliente y más importante de la producción novelesca de los últimos años. Lo que es más, la novelística del *boom* se revela, a posteriori, como profundamente histórica, lo que no se veía en los años contemporáneos. De modo general y desde ya se puede sostener que la novela histórica actual es la segunda en importancia

desde la aparición de la novela histórica en el romanticismo [...] La posmodernidad condiciona la novela histórica y, al mismo tiempo, es condicionada por ella. Me parecería incompleta una concepción de la posmodernidad que no incluiría la dimensión histórica. (20)

El estudio de la nueva novela histórica como una manifestación de la posmodernidad es una forma común de abordar el fenómeno, sin embargo, esta perspectiva no varía mucho de los parámetros propuestos por autores como Fernando Aínsa o Seymour Menton, quienes no utilizan ese término en sus estudios. Debido a esto y a que la crítica posmoderna abarca tópicos que se salen de lo meramente literario, no se ahondará en este tipo de análisis, aunque sí considero pertinente mencionarlo como una corriente importante dentro del estudio de este tipo de novelas. Marco Aurelio Larios resume lo posmoderno de la nueva novela histórica en el descreimiento que facilita la invención imaginativa. Lyotard en *La condición posmoderna* habla del desmoronamiento de los grandes relatos que edificó la modernidad y de cómo, a partir de su disentimiento, surge el relato posmoderno que desacraliza la historia oficial legitimadora y abre paso a un relato plural, dialógico y cuestionador de las estructuras impuestas desde el poder. Sin embargo, Pons marca una diferencia entre la literatura posmoderna y la latinoamericana:

Está más preocupada por la crítica política y por evitar una fragmentación y despolitización de la historia, por una reivindicación de lo marginal, por una práctica política de sobrevivencia a través de la escritura testimonial, que por una estetización de los márgenes y la

pobreza, y es que en América Latina la realidad de aniquilación, la pobreza y la marginalidad histórica no es un objeto estético o de consumo, y mucho menos de ficción. (cit. en Saucedo 219)

Pons enfatiza la importancia de escribir desde los márgenes, que finalmente también es parte de la posmodernidad, aunque atina al encontrar en la pobreza y la marginación algo más que un objeto estético, ya que la creación literaria también es un vehículo político, y en el caso de estas novelas, la política es un factor muy importante, en tanto que cuestiona las estructuras de poder y sus mecanismos legitimadores.

Por otro lado, Fernando Aínsa afirma, en relación con la deslegitimación de la historia oficial, que en

la nueva novela histórica se vertebran con mayor eficacia los grandes principios identitarios americanos o se coagulan mejor las denuncias sobre las 'versiones oficiales' de la historiografía, ya que en la libertad que da la creación se llenan vacíos y silencios o se pone en evidencia la falsedad de un discurso. ("Nueva novela histórica y relativización" 10)

De la misma manera, las características que para Menton definen la nueva novela histórica latinoamericana son la subordinación de la representación mimética de la realidad a la presentación de algunas ideas filosóficas como el carácter cíclico de la historia; y la distorsión consciente de la misma, mediante la omisión, la exageración y el anacronismo. Este último se expresa sobre todo en lo que Aínsa denomina:

superposición de tiempos históricos diferentes. Hay un tiempo novelesco –presente histórico de la narración– sobre el cual inciden otros tiempos. Las interferencias pueden ser del pasado, pero también del futuro en forma de anacronías deliberadas. (“La nueva novela” 84)

A diferencia de la novela antiilusionista que intenta “democratizar” el texto al darle voz a colectividades generalmente olvidadas, la ficcionalización de personajes históricos está enfocada a desacralizar a los grandes iconos que ha construido la historia oficial, al mostrarlos en una dimensión más humana y, en ocasiones, en forma caricaturizada, irónica y hasta grotesca.

Otro rasgo importante es la metaficción, como pueden ser los comentarios del narrador acerca del proceso de la creación, las frases parentéticas en las que se hacen reflexiones al margen de la narración y las citas falsas son recursos comunes para provocar extrañamiento y poner en evidencia el carácter ficticio de una historia, que en este caso también puede ser la Historia.

Como en otras novelas del siglo XX, en la nueva novela histórica la intertextualidad es una característica importante, ésta puede definirse como las referencias a otros textos que pueden encontrarse en un escrito. De esta forma, toda obra puede entenderse como una red intertextual, en la que diferentes discursos dialogan entre sí, aunque hay textos en los que la intertextualidad es deliberada, como es el caso de las novelas estudiadas en este trabajo.

En el caso concreto de la nueva novela histórica, la intertextualidad puede encontrarse en la inserción de personajes de otros relatos o referencias a otras

obras, que llega hasta sus últimas consecuencias con el uso del palimpsesto o reescritura de fragmentos de otros textos como parte de la novela, algunas veces con comillas o cursivas, aunque en ciertos casos es tan evidente que no es necesario llamar la atención sobre lo que es tomado de otros textos, para que el lector lo identifique.

Por otro lado, algunos de los conceptos que introduce Mijaíl Bajtin al estudio de la novela, también son aplicables a la nueva novela histórica, como lo dialógico, que establece igualdad jerárquica entre diferentes voces, que implica la existencia del diálogo (en sentido amplio) en la narración y por lo tanto la presencia del Otro u otros.

El dialogismo determina pluralidad y otredad; se opone a la voz monológica que impone el discurso del poder. Lo dialógico implica la aceptación de que no hay un lenguaje único, ni una sola versión de ningún acontecimiento. En este sentido, todas las voces tienen el mismo valor; por lo tanto, se proyectan varias interpretaciones de los sucesos, los personajes y las ideologías.

Otro concepto bajtiniano aplicable a la novela histórica es la noción de lo carnavalesco. El carnaval, tal como lo entiende Bajtin, es un acto subversivo en el que se transgreden las estructuras de poder; se ofende a Dios y se desfiguran las convenciones sociales para mostrar irreverentemente lo grotesco, entendido como aspecto positivo de la realidad humana. Con esta noción, el autor muestra que la novela vuelve a lo dionisiaco de la Edad Media, que había quedado marginado desde la entrada del logocentrismo que trajo consigo la modernidad. En términos muy generales, lo carnavalesco puede encontrarse en

la nueva novela histórica en la exageración humorística de situaciones y personajes; la parodia y la risa; además del énfasis en los aspectos carnales del hombre, como el sexo o la gula.

El tercer concepto bajtiniano aplicable a la nueva novela histórica es la heteroglosia o polifonía, manifestada en las focalizaciones distintas dentro de un mismo texto, y en el manejo de diferentes niveles de lenguaje. Cabe mencionar que aplicar la teoría Bajtiniana a la novela latinoamericana es un asunto delicado, ya que los conocimientos que se tienen de esta teoría son a partir de traducciones, generalmente del ruso al inglés, por lo que sus conceptos llegan al español ampliamente deformados.

Rodríguez Monegal acierta al decir que el “mundo occidental tiene tantos bakhtines como lenguas a las que ha sido traducido” (403). Considero importante mencionar las aportaciones del teórico ruso, ya que la mayoría de los autores citados en este trabajo las toman en cuenta, pero no serán parte medular de este estudio, debido a que los presupuestos de Bajtin obedecen sobre todo a criterios formales, que en este trabajo juegan un papel secundario.

Para Fernando Aínsa los rasgos sobresalientes de la nueva novela histórica son la relectura de la historia fundada en un historicismo crítico, que intenta dar coherencia al presente a través de una visión crítica del pasado. Esta relectura intenta deslegitimar la historia oficial y pretende acercarse a la “verdad” por medio de la ficción. La relectura también ayuda a contrarrestar la dimensión épica de la historia. Gracias a recursos como el uso de la primera persona, o la narración en tiempo presente, se logra un acercamiento a los hechos narrados y

por lo tanto una posición dialéctica frente al pasado. El autor cree que los escritores latinoamericanos

Después de las obras complejas, experimentales y abiertas a todo tipo de influencias que caracterizaron la novelística de los dos últimos decenios, necesitaran profundizar en su propia historia, incorporando el imaginario individual y colectivo del pasado a la ficción. (“La nueva novela” 82)

Esto no quiere decir que los narradores hayan dejado de experimentar y que la nueva novela histórica sea más convencional. La diferencia es que en ésta además se ha incluido la búsqueda de identidad a través del pasado:

La nueva narrativa se ha embarcado así en la aventura de releer la historia, especialmente crónicas y relaciones, ejercitándose en modalidades anacrónicas de la escritura, en el *pastiche*, la parodia y el grotesco (sic), con la finalidad de *deconstruir* la historia oficial. (82)

Respecto a las crónicas de la conquista, este autor reconoce en ellas el primer antecedente de la narrativa latinoamericana, al igual que otros, como Cornejo Polar, y considera que una de las causas de la renovación de la novela histórica es la crisis epistemológica del estudio de la historia, que además, reconoce, no surge en Latinoamérica sino en Europa:

La ficción ha sido el complemento necesario de la historia de las Crónicas y Relaciones del período de la conquista y colonización, cuya ‘vocación literaria’ se reconoce no sólo a nivel de la lectura lingüística contemporánea, sino de la intención literaria de sus

autores. La relación es también evidente en el entrecruzamiento de los géneros a partir de la ficcionalización y 'reescritura' de la historia [...] Varios factores han coadyuvado a esta renovación de la novela histórica. Entre otros, el de la propia historia como disciplina, sumergida en una 'crisis epistemológica' de interesantes repercusiones en las relaciones entre 'imaginario' e historiografía, renovación disciplinaria originada en Europa, pero con repercusiones y desarrollo propio en América Latina, donde la narrativa ha cumplido tradicionalmente una importante función crítica. ("Nueva novela histórica y relativización" 10)

De igual manera, María Cristina Pons concluye en su libro titulado *Memorias del olvido* que la nueva novela histórica se relaciona con la historiografía contemporánea, con la que comparte "1) la subjetividad y la no neutralidad de la escritura de la historia (White), 2) la relatividad del objeto de la historiografía (Burke), y 3) la reescritura de la historia (De Certeau)" (cit. en Saucedo 217).

Menton considera que este auge de la novela histórica se debe a la celebración del Quinto Centenario del descubrimiento de América, y Cristóbal Colón es precisamente uno de los personajes protagónicos más importantes de esta corriente. A pesar de que esta conmemoración dio lugar a un replanteamiento generalizado del papel de la historia, no sólo en el ámbito literario, sino también en otros contextos; la hipótesis de Menton resulta insuficiente, ya que desde principios de los años 70 se empezaron publicar

novelas con estas características. Considero que la “celebración” del Quinto Centenario fue sólo una estrategia publicitaria que le dio más difusión a la novela histórica que venía haciéndose décadas atrás.

Pons considera que el horror de las dictaduras, el desarrollismo y el eurocentrismo, que acentúan las desigualdades en América Latina, llevaron al criollismo y a la novela histórica tradicional a perder su validez, para abrir paso a una novela histórica más crítica y deslegitimadora.

Por esta razón, puede entenderse que uno de los caracteres que definen la nueva novela histórica sea el revisionismo de los hechos pasados, para dar sentido y coherencia a los hechos presentes y de esta manera impugnar la legitimación del poder instaurada en las versiones oficiales de la historia:

la nueva novela histórica toma distancia en forma deliberada y consciente con relación a la historiografía “oficial”, cuyos mitos fundacionales se han *degradado* [...] La historicidad del discurso ficcional puede ser textual y sus referentes documentarse con minucia o, por el contrario, la textualidad revestirse de las modalidades expresivas del historicismo a partir de una “pura invención” mimética de crónicas y relaciones. (Aínsa, “Nueva novela” 84)

En la nueva novela histórica se pueden encontrar personajes anónimos o marginales convertidos en protagonistas, o bien, lo que es la tendencia más común, figuras identificables convertidas en seres humanos derrotados, incomprendidos y hasta dementes, como es el caso de los tres protagonistas de la Trilogía del Descubrimiento de Posse. Para Alejandra Saucedo, el pasado

Se recuerda desde los márgenes, desde los límites, desde la exclusión, desde abajo, desde el exilio y, lo más asombroso, desde la locura. De igual manera, la identidad se cuestiona también desde la exclusión. Y es que al recuperar lo particular, lo singular, lo heterogéneo; al privilegiar lo regional y lo local, lo nacional adquiere un nuevo semblante: la novela histórica de finales de siglo reclama una identidad desde la diferencia, o en todo caso, una identidad regional. (Saucedo 218)

Marco Aurelio Larios observa que la novela histórica contrasta la ficción con el acopio exhaustivo de documentos y datos históricos que se yuxtaponen con los anacronismos y exageraciones antes mencionados, además de la superposición de tiempos históricos diferentes:

La nueva novela histórica sí tiene una pretendida “cientificidad” alcanzada por el laborioso acopio de documentos y referencias históricas que le permite no supeditar el nivel histórico al novelesco, incluso, las más de las veces, éste cede a la construcción histórica. (133)

Es para estos efectos que la nueva novela histórica se inclina más por personajes conocidos. Basta mencionar a la Carlota de Fernando del Paso, el Bolívar de Gabriel García Márquez o el Fray Servando Teresa de Mier de Reynaldo Arenas:

Sus personajes históricos son de primera fila, pues los prefiere bastante conocidos para que le permitan establecer una profunda red

intertextual de conocimientos previos, y no teme establecer disenciones historiográficas [...]. Se vuelve crítica del presente e intenta, en el orden consciente de su generación, a través de la impugnación, la parodia, la ironía, la deconstrucción, el anacronismo, la simultaneidad de un pasado alternativo, una visión totalizadora del mundo. Instauro en su nuevo saber narrativo lenguajes especializados, exclusivos, intertextualizados, con los que disputa al saber científico de la historia la tarea final con el pasado histórico: su comprensión. (133)

Es necesario aclarar que la nueva novela histórica no surge solamente en Latinoamérica. Como antecedente europeo está *Orlando* (Inglaterra, 1928), de Virginia Woolf; que es una parodia de las biografías decimonónicas, además de una sátira de la sociedad inglesa desde el siglo XVI hasta el XX.

Como ejemplos contemporáneos están *El nombre de la rosa* (Italia, 1980), de Umberto Eco, que es una historia policiaca desarrollada en un monasterio del siglo XVI; o *Los niños de la medianoche* (India, 1981) de Salman Rushdie, cuyo tema es la independencia de la India, por nombrar tres casos conocidos.

Tanto en América como en Europa, la nueva novela histórica explora cuál es la posibilidad de conocer el pasado; aún más, para Fernando Aínsa implica también una forma de llenar vacíos que la historia oficial ha dejado intencionalmente. Esta “vocación subversiva de la ficción en relación con la historia oficial se convierte en característica fundamental de la obra” (“Invención literaria” 115) .

No existen muchas hipótesis respecto a las causas de este fenómeno literario, que (al parecer) ha tenido una buena acogida entre la crítica y las editoriales; las más acertadas son las anteriormente mencionadas, una en relación con el quinto centenario del descubrimiento (Menton), otra asociada con la necesidad de los escritores latinoamericanos, después de tres décadas de exploración literaria, de buscar en la historia nuevas formas de expresión (Aínsa) y una tercera que la ve como una manifestación en contra de las dictaduras y otros fenómenos represivos en América Latina (Pons).

Esta nueva narrativa es producto de la búsqueda de la identidad latinoamericana, y el cuestionamiento de lo que la historia oficial y legitimadora del poder ha aportado como cimiento de la misma; es también resultado de las nuevas corrientes historiográficas generadas en Europa por autores como Hyden White, Raymond Aron y Robin Collingwood, quienes han abordado la disciplina histórica desde una perspectiva plural, admitiendo la subjetividad y la variedad de versiones e interpretaciones de los hechos, como único camino para comprender el pasado.

Finalmente se está frente a un fenómeno literario cuyas novelas presentan una visión crítica y desacralizada de los grandes episodios históricos, es decir, la historia se percibe como “un proceso de ficcionalización, donde el centro de gravedad es el presente y donde la realidad histórica ya no es una memoria histórica única, ni totalizante ni mítica, sino una complejidad de mil historias ficcionalizadas” (Saucedo 217).